

Confieso que a mí siempre me ha gustado el cine. Y he tenido siempre una inclinación por el cine que ha inventado nuevas formas del relato cinematográfico. Uno de los inventores más singulares en ese sentido, y cuyas películas participan también de la poesía y de la elocuencia, ha sido el director ruso Andrei Tarkovski. Él escribió un libro sobre su concepto del arte cinematográfico al que puso el título de “Esculpir el tiempo”. Según Tarkovski, una película debe ir tallando en el bloque del tiempo las analogías entre los fenómenos más secretos de la vida para extraer de él las emociones que actúen en el espectador como una prolongación de la imagen cinematográfica. El propio Tarkovski puso en práctica su teoría, de manera que siempre intentó, no ya sólo que sus imágenes se mantuvieran vivas en el tiempo, sino que el tiempo viviera en ellas.

Salvando todas las distancias, y nunca mejor dicho, lo mismo han querido hacer Concha Jerez y José Iges con sus obras, pero ya no trabajando el bloque del tiempo, sino sobre todo esculpiendo el espacio. El espacio es esa gran bóveda donde todo lo que no rebota se pierde. La metáfora más exacta de lo que supone el espacio lo constituye el invento de la radio. El poder evocador de la radio es que se genera invisiblemente y se difunde igualmente por ondas invisibles que ocupan el espacio. El espacio no es nada mientras no lo ocupe algo. Y la manera más inverosímil de llenar el espacio, y de delimitarlo, por lo tanto, es llenarlo de ondas sonoras, tan invisibles como el espacio mismo. Así tenemos la invisibilidad de la invisibilidad. Las fronteras a tanta invisibilidad son nuestros oídos. Y la acústica no es más que la institutriz de este ars sonora. Con ella, Pepe Iges trenza una malla invisible no sólo para que los sonidos se mantengan vivos en el espacio, sino para que el espacio viva en ellos. Todo el espacio es sonido, podríamos decir, pero también podríamos afirmar lo inverso: todo el sonido es espacio. La parte del trabajo de Concha Jerez consiste en hacer visible esta tautología. Podríamos decir que nada hay tan escultural como el vacío. Y antes de que el sonido caiga en el vacío, el trabajo conceptual de Concha Jerez lo detiene, lo dibuja, lo fija, lo escribe, lo ciñe. Concha se ha dedicado a ocupar artísticamente los espacios, de manera que era ideal para ella un trabajo de omniocupación como el que se le propone desde su colaboración con Pepe Iges.

Me congratulo de que el Studienzentrum für Künstlerpublikationen del Weserburg Museum y la Universidad de Bremen haya acogido esta exposición de aire. Hay un famoso poema en la literatura española dedicado a la música, y es la “Oda a Salinas”, de fray Luis de León: “El aire se serena, y viste de hermosura y luz no usada”, se dice en este extraordinario poema para explicar cómo la música del compositor Francisco Salinas se hace dueña del espacio, antes de unirse con la música celestial, con la música divina. A esa fusión de lo temporal y lo eterno, es decir a esa fusión del aire humano y el soplo celestial, aspiran también las obras de Iges y Jerez, o de Jerez e Iges. Ambos se presentan de ese modo como dos figuras muy singulares en el panorama del arte contemporáneo español. Gracias a Anne Thurmann-Jajes por su sensibilidad para programar esta exposición aquí y a todos cuantos la han hecho posible. Y muchas gracias a ustedes por su atención.

Dr. Carlos Ortega
Director
Instituto Cervantes de Bremen